

## La sanguijuela de mi niña Christopher Moore

«Creo, sencillamente, que Moore ha creado su estilo propio, aunque algunos especialistas traten de situarlo entre las características de Terry Pratchett, Jonathan Swift o Mark Haddon»

—J. Ruiz, La voz de Galicia

«El humor puede salvar vidas, y los libros de Moore están llenos de motivos para soltar unas cuantas carcajadas»

—Juan Vila (El País, On)

«Olvida a Anne Rice y a Lestat. No busques maravillosas descripciones de las camisas de chorreras de Brad Pitt. Piensa más bien en Jerry Seinfeld de compras con Drácula en una tienda Gap»

—Amazon

«La obra de Moore, uno de los autores fantástico-humorísticos más prolíficos de Estados Unidos, contiene unos diálogos ácidos más afilados que una pelea entre Matthau y Lemmon y, sobre todo, mucho humor negro»

—Manu González, Qué Leer

«Este libro provoca tanto carcajadas como reflexión. Me reí en voz alta casi todo el tiempo. Me preocupaba por los personajes, me sorprendió varias veces y por lo general, no podía parar de leer»

—Library Journal

«Amigo de las sensaciones extremas, Christopher Moore ha sido comparado con Kurt Vonnegut, Mark Haddon e incluso con Jonathan Swift»

—Diario la Tercera (Chile)

«¿Te llegó al alma ‘Crepúsculo’ pero te quedaste con ganas de reírte?»

—Loka

«Ternura, amor, desesperación y mucha burla. Un acierto que lo ha convertido en un consagrado de la sátira contemporánea esperpéntica y que lo ha aupado como autor de éxito, hasta el punto de que todas sus creaciones han sido propuestas para hacer películas»

—J. Ruiz, La voz de Galicia



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.  
Pol. Industrial «El Alquitón», 28500 Arganda del Rey. Madrid.  
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22  
[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es) e-mail: [informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)  
Derechos exclusivos de la edición en español: © 2009, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 1995, Christopher Moore

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

# 1

## Muerte

El ocaso pintaba de púrpura la gran Pirámide mientras, en el callejón de abajo, el Emperador disfrutaba de una humeante meada contra un contenedor. La niebla subía despacio desde la bahía, se enroscaba en las columnas y los leones de cemento y bañaba las torres en las que se movía el dinero de Occidente. El distrito financiero: una hora antes corrían por él ríos de hombres vestidos de lana gris y mujeres con tacones. Ahora, las calles, edificadas sobre barcos hundidos y detritos de la fiebre del oro, estaban desiertas y en silencio, salvo por la sirena de niebla que mugía al otro lado de la bahía como una vaca solitaria.

El Emperador sacudió su cetro para desprender de él las últimas gotas, se estremeció y, subiéndose la cremallera, se volvió hacia los reales lebreles que aguardaban a sus pies.

—La sirena de niebla suena especialmente triste esta noche, ¿no os parece?

El más pequeño de los perros, un *Boston terrier*, bajó la cabeza y lamió sus chuletas.

—Qué simple eres, Holgazán. Mi ciudad se pudre ante tus ojos. El aire está cargado de veneno, los niños se matan a tiros en las calles, y ahora esta plaga, esta horrible plaga que mata a mis súbditos por centenares, y tú solo piensas en comer.

El Emperador señaló con la cabeza al perro más grande, un *golden retriever*.

—Lazarus sí que conoce el peso de nuestra responsabilidad. ¿Tiene uno que morirse para hallar la dignidad?, me pregunto.

Lazarus agachó las orejas y soltó un gruñido.

—¿Te he ofendido, amigo mío?

Holgazán se apartó del contenedor y empezó a gruñir. Al volverse, el Emperador vio que una mano pálida levantaba lentamente la tapa del

contenedor. Holgazán se puso a ladrar en tono de advertencia. Una figura se irguió en el contenedor. Tenía el cabello oscuro y salpicado de basura y la piel blanca como el hueso. Salió de un salto del contenedor y lanzó un siseo al perrillo, enseñando sus largos colmillos blancos. Holgazán gimió y fue a esconderse tras las piernas del Emperador.

—Ya basta —ordenó el Emperador, sacando pecho y metiendo los pulgares bajo las solapas de su desgastado abrigo.

El vampiro se sacudió un trozo de lechuga podrida de la camisa negra y sonrió.

—Te dejaré vivir —dijo, y su voz sonó como una lima raspando metal antiguo y oxidado—. Ese es tu castigo.

El Emperador agrandó los ojos, aterrorizado, pero aguantó el tipo. El vampiro se rió; luego dio media vuelta y se alejó.

El Emperador sintió que un escalofrío le subía por el cuello cuando el vampiro se disolvió en la niebla. Agachó la cabeza y pensó: *Esto no. Mi ciudad se muere por el veneno y la plaga, y ahora esa... esa criatura... acecha sus calles. Soy débil como el agua: un imperio entero que salvar, y ahora mismo vendería mi alma por un cubo de pollo frito. Ah, pero debo ser fuerte por el bien de mis tropas. Podría ser peor, supongo. Podría ser el Emperador de Oakland.*

—La cabeza bien alta, muchachos —les dijo a sus lebreles—. Si debemos combatir a ese monstruo, necesitaremos todas nuestras fuerzas. Hay una panadería en North Beach en la que estarán tirando las sobras de ayer. En marcha. —Se alejó arrastrando los pies mientras pensaba: *Nerón tocaba el violín mientras su imperio se reducía a cenizas; yo voy a comer pastas correosas.*

Mientras el Emperador subía con esfuerzo por la calle California, intentando hallar el equilibrio entre la impotencia del poder y la promesa de una rosquilla recubierta de azúcar glas, Jody salía de la Pirámide. Tenía veintiséis años y era guapa de un modo que suscitaba en los hombres el deseo de arroparla entre sábanas de franela y besarla en la frente antes de salir de la habitación. Era bonita, pero no bella.

Al pasar bajo los enormes contrafuertes de hormigón de la Pirámide, se descubrió cojeando por culpa de una lesión en el *panty*. No le dolía, exactamente: la carrera (fruto de un antipático cajón metálico que se había abierto de golpe, raspándole el tobillo) había dejado al descubierto la parte de atrás de su pierna, del talón a la corva; pero Jody cojeaba de todos modos, por el daño psicológico. Pensaba: *Mi armario empieza a parecer un criadero de*

*avestruces. O empiezo a tirar medias hechas pelotas, o me pongo morena y llevo las piernas al aire.*

Jody nunca se había puesto morena; no podía, en realidad. Era pelirroja, de ojos verdes y blanca como la leche, y con el sol le salían pecas y se quemaba.

Cuando le faltaba media manzana para llegar a su parada de autobús, venció la niebla empujada por el viento y la laca de Jody se desplomó por completo. Sus pulcras ondas, que le llegaban a la cintura, se erizaron hasta formar una capa roja y feroz de rizos y enredos. *Genial, pensó, otra vez voy a llegar a casa como si fuera la Muerte comiéndose una galletita salada. A Kurt le va a encantar.*

Se ciñó la chaqueta para abrigarse, se metió el maletín bajo los pechos como una colegiala que llevara sus libros y siguió renqueando. Delante de ella vio a alguien parado en la acera, junto a la puerta de cristal de una oficina de agentes de bolsa. La luz verde de los monitores del interior de la oficina recortaba su silueta en la niebla. Jody pensó en cruzar la calle para evitar al desconocido, pero tendría que volver a cruzar unos metros más allá para coger el autobús.

*Pensó: Se acabó trabajar hasta tarde. No merece la pena. No mirarlo a los ojos, ese es el plan.*

Al pasar junto al hombre, se miró las deportivas (llevaba los tacones en el maletín). *Eso es. Solo un par de pasos más...*

Una mano la agarró del pelo y la levantó, su maletín rodó por la acera y Jody empezó a chillar. Otra mano le tapó la boca. El hombre la arrastró hasta un callejón. Ella pateaba y agitaba los brazos, pero él era muy fuerte, inamovible. Jody intentó gritar, pero un olor a carne pútrida invadió sus fosas nasales y una náusea la asaltó. Su agresor la hizo volverse y, tirándole del pelo, echó su cabeza hacia atrás hasta que Jody pensó que iba a partirle el cuello. Luego sintió un dolor agudo a un lado de la garganta y de pronto su capacidad de resistencia pareció evaporarse.

Al otro lado del callejón vio una lata de refresco y un ejemplar viejo del *Wall Street Journal*, un trozo de chicle pegado a los ladrillos y una señal de «No aparcar»: detalles extrañamente significativos, suspendidos en el tiempo. Su visión empezó a oscurecerse y a reducirse como en un túnel, como si sus pupilas se fueran cerrando, y pensó: *Estas serán las últimas cosas que vea.* La voz de su cabeza sonaba resuelta y serena.

Mientras todo se oscurecía, su atacante le dio una bofetada; ella abrió los ojos y vio ante sí su cara enjuta y blanca.

—Bebe —dijo él.

Le introdujo algo húmedo y cálido en la boca. Jody notó un sabor a hierro caliente y a sal y volvió a tener náuseas. *Es su brazo. Me ha metido el brazo en la boca y me ha roto los dientes. Sabe a sangre.*

—¡Bebe!

Una mano se cerró sobre su nariz. Jody luchó, intentó respirar, intentó sacarse su brazo de la boca para coger aire, boqueó y estuvo a punto de atragantarse con la sangre. De pronto se descubrió chupando, bebiendo ansiosamente. Cuando él intentó apartar el brazo, ella lo retuvo. Él se lo quitó de la boca, la hizo darse la vuelta y volvió a morderla en la garganta. Pasado un momento, Jody se sintió caer. Su agresor le estaba desgarrando la ropa, pero a ella no le quedaban fuerzas para luchar. Sintió un roce áspero en la piel de los pechos y el vientre; luego, él se apartó.

—Vas a necesitarlo —dijo, y su voz resonó en la cabeza de Jody como si hubiera gritado en medio de un cañón—. Ahora ya puedes morirte.

Jody experimentó una vaga sensación de gratitud. Con su permiso, se rindió. Su corazón aminoró la marcha, renqueó y se detuvo.

## La muerte recalentada

Oyó insectos corretear sobre ella en la oscuridad, olió a carne quemada y sintió un gran peso oprimiéndole la espalda. *Dios mío, me ha enterrado viva.*

Tenía la cara pegada a algo duro y frío: *pedra*, pensó, hasta que olió la grasa del asfalto. El pánico se apoderó de ella, y luchó por meter las manos bajo su cuerpo. La mano izquierda se le encendió, dolorida, al empujar. Se oyó un estrépito y un golpe ensordecedor. Se puso en pie. El contenedor que había tenido encima estaba volcado y sus basuras se habían desperdigado por el callejón. Jody lo miró con estupor. Debía de pesar una tonelada.

*El miedo y la adrenalina, se dijo.*

Luego se miró la mano izquierda y chilló. Estaba espantosamente quemada; la capa superior de la piel se veía negra y agrietada. Salió corriendo del callejón en busca de ayuda, pero la calle estaba desierta. *Tengo que llegar a un hospital, llamar a la policía.*

Vio una cabina telefónica. De la farola que había sobre ella se desprendía una roja chimenea de calor. Miró a un lado y otro de la calle vacía. Encima de cada farola veía alzarse el calor en rojas oleadas. Oía el zumbido de los cables del autobús eléctrico sobre ella, el flujo constante de las alcantarillas que corrían bajo la calle. Sintió el olor a pescado muerto y a gasoil en medio de la niebla, el olor a podrido de las marismas de Oakland al otro lado de la bahía, las patatas fritas rancias, las colillas, los mendrugos de pan y el *pastrami* pútrido de un cubo de basura cercano, y el aroma residual a Aramis que salía por debajo de las puertas de los bancos y las corredurías de bolsa. Oía rozarse los jirones de niebla contra los edificios como terciopelo húmedo. Era como si la adrenalina hubiera amplificado sus sentidos, lo mismo que su fuerza.

Se sacudió aquel espectro de sonidos y olores y corrió al teléfono, sujetándose la mano herida a la altura de la muñeca. Al moverse sintió algo áspero bajo la blusa, rozándole la piel. Con la mano derecha tiró de la seda y

se sacó la blusa. Varios fajos de billetes cayeron a la acera. Se paró y miró los fajos de billetes de cien dólares que había a sus pies.

Pensó: *Ahí debe de haber cien mil dólares. Me ha atacado un hombre, me ha estrangulado, me ha mordido el cuello, me ha quemado la mano y luego me ha llenado de dinero la blusa y me ha puesto un contenedor encima, y ahora veo el calor y oigo la niebla. Me ha tocado la lotería satánica.*

Dejó el dinero en la acera y volvió corriendo al callejón. Con la mano buena hurgó entre la basura del contenedor hasta que encontró una bolsa de papel. Luego volvió a la acera y metió el dinero en la bolsa.

En la cabina tuvo que hacer malabarismos para descolgar el teléfono y marcar sin soltar el dinero ni usar la mano quemada. Marcó el 911 y mientras esperaba miró la quemadura. La verdad era que, más que dolerle, tenía muy mala pinta. Intentó flexionarla y la piel negra se resquebrajó. *Madre mía, esto debería doler. Y también debería darme asco, pensó, pero no me lo da. La verdad es que no me siento tan mal, a fin de cuentas. He tenido más agujetas después de un partido de tenis con Kurt. Qué raro.*

El teléfono emitió un chasquido y una voz de mujer surgió de la línea.

—Hola, ha llamado al número del servicio de emergencias de San Francisco. Si se encuentra actualmente en peligro, pulse uno; si el peligro ya ha pasado pero sigue necesitando ayuda, pulse dos.

Jody marcó el dos.

—Si ha sufrido un robo, pulse uno. Si ha sufrido un accidente, pulse dos. Si le han asaltado, pulse tres. Si llama para informar de un incendio, pulse cuatro. Si...

Jody repasó de memoria las opciones y marcó el tres.

—Si le han disparado, pulse uno. Si le han apuñalado, pulse dos. Si le han violado, pulse tres. Para cualquier otra agresión, pulse cuatro. Para volver al menú, pulse cinco.

Jody pensaba marcar el cuatro, pero marcó el cinco. Oyó una serie de chasquidos y la voz grabada volvió a aparecer.

—Hola, ha llamado al número del servicio de emergencias de San Francisco. Si se encuentra actualmente en peligro...

Jody colgó de golpe, rompió el auricular y estuvo a punto de arrancar el teléfono del poste. Retrocedió de un salto y se quedó mirando los desperfectos. *La adrenalina, pensó.*

*Voy a llamar a Kurt. Él puede venir a buscarme y llevarme al hospital.* Buscó a su alrededor otra cabina. Había una junto a su parada de autobús. Al llegar a ella se dio cuenta de que no tenía cambio. Llevaba el bolso en el maletín y el maletín había desaparecido. Intentó acordarse del número de su tarjeta telefónica.



ca, pero Kurt y ella se habían ido a vivir juntos hacía solo un mes y todavía no lo había memorizado. Levantó el teléfono y marcó el número de la operadora.

—Quiero hacer una llamada a cobro revertido de parte de Jody. —Dio el número a la operadora y esperó mientras sonaba la línea. Saltó el contestador.

—Parece que no hay nadie en casa —dijo la operadora.

—No lo coge porque no reconoce el número. Dígale que...

—Lo siento, no se nos permite dejar mensajes.

Jody colgó y destrozó el teléfono. Esta vez, a propósito.

Pensó: *Tengo cientos de miles de dólares y no puedo hacer una puñetera llamada. Y Kurt no coge el teléfono. Debe de ser muy tarde. Lo normal sería que contestara. Si no estuviera tan cabreada, me pondría a llorar.*

La mano había dejado de dolerle y cuando volvió a mirarla parecía haberse curado un poco. *Me estoy volviendo loca*, pensó. *Locura postraumática. Y tengo hambre. Necesito atención médica, necesito una buena comida, necesito un policía compasivo, una copa de vino, un baño caliente, un abrazo, y mi tarjeta de crédito para ingresar este dinero. Necesito...*

El 42 dobló la esquina y Jody se palpó instintivamente el bolsillo de la chaqueta en busca de su abono. Seguía allí. El autobús se detuvo y la puerta se abrió. Jody enseñó el abono al conductor al subir. Él soltó un gruñido. Ella se sentó en el primer asiento, frente a otros tres pasajeros.

Llevaba cinco años cogiendo el autobús y, de vez en cuando, por el trabajo o porque salía tarde del cine, tenía que cogerlo muy tarde. Pero esa noche, con el pelo alborotado y lleno de mugre, las medias rotas, el traje arrugado y sucio (desgreñada, desorientada y desesperada), sintió que encajaba allí por primera vez. Los psicópatas se animaron al verla.

—¡Aparcamiento! —farfulló una mujer al fondo. Jody levantó la mirada.

—¡Aparcamiento! —La mujer llevaba una bata floreada y unas orejas de Mickey Mouse. Señalaba por la ventanilla y gritaba—: ¡Aparcamiento!

Jody miró para otro lado, avergonzada. Pero la entendía muy bien. Ella tenía coche, un Honda con cinco puertas, pequeño y rápido, y desde que había encontrado aparcamiento frente a su piso hacía un mes, solo lo movía los martes por la noche, cuando pasaba la barredora de calles, y volvía a aparcarlo en cuanto el camión se alejaba. Quitar el sitio a los demás era tradición en la Ciudad; uno tenía que defender el aparcamiento con la vida. Jody había oído decir que en el barrio chino había aparcamientos ocupados por la misma familia desde hacía generaciones, vigilados como las tumbas de honorables ancestros y protegidos con no pocos sobornos de las bandas callejeras chinas.

—¡Aparcamiento! —gritó la mujer.

Jody miró al otro lado del pasillo y se topó con los ojos de un hombre harapiento con barba y abrigo. Él sonrió tímidamente; luego se abrió despacio el abrigo, dejando al descubierto una impresionante erección que asomaba por la bragueta de sus pantalones.

Jody le devolvió la sonrisa, sacó de la chaqueta su mano quemada y renegrida y la levantó para que la viera. El hombre se cerró el abrigo y se encogió en el asiento, vencido y malhumorado. A Jody le sorprendió haber hecho aquello.

Junto al hombre de la barba había una chica que iba deshaciendo con furia un jersey de punto y haciendo un ovillo con la lana, como si tuviera intención de llegar hasta el final del hilo y volver luego a tejer el jersey. Junto a la tejedora había un hombre mayor, con traje de paño, gorra de cazador de lana y un bastón sujeto entre las rodillas. Cada pocos segundos le daba un retumbante ataque de tos y luego luchaba por recuperar el aliento mientras se secaba los ojos con un pañuelo de seda. Vio que Jody lo estaba mirando y sonrió con aire de disculpa.

—Es solo un resfriado —dijo.

*No, es mucho peor que un resfriado, pensó ella. Se está muriendo. ¿Y cómo lo sé yo? No sé cómo lo sé, pero lo sé.* Sonrió al viejo y se volvió a mirar por la ventana.

El autobús iba pasando por North Beach y las calles estaban llenas de marineros, gamberros y turistas. Alrededor de cada uno Jody veía un vago halo rojo y rastros de calor en el aire cuando se movían. Sacudió la cabeza para aclarar su visión y volvió a mirar a los ocupantes del autobús. Sí, todos tenían aquel halo, algunos más brillante que otros. Alrededor del viejo del traje de paño había un anillo oscuro, además del halo rojo. Jody se frotó los ojos y pensó: *Debo de haberme dado un golpe en la cabeza. Van a tener que hacerme un TAC y un electroencefalograma. Me va a costar una fortuna. A la empresa le va a sentar fatal. A lo mejor puedo tramitar yo misma la reclamación y consigo que me la aprueben. Bueno, voy a llamar para decir que estoy enferma y que no voy el resto de la semana, eso desde luego. Y tendré que hacer un montón de compras en cuanto acabe en el hospital y la comisaría. Un montón de compras. Además, de todos modos voy a estar una temporada sin poder manejar el teclado.*

Se miró la mano quemada y volvió a pensar que parecía haberse curado un poco. *Aun así, voy a tomarme la semana libre, se dijo.*

El autobús se detuvo en Fisherman's Wharf y Ghirardelli Square, donde subieron grupos de turistas vestidos con pantalones cortos de nailon de colores fluorescentes y sudaderas de Alcatraz, charlando en francés y alemán mientras trazaban líneas en planos de la ciudad. Jody sintió el olor a sudor y

a jabón, a mar, a marisco hervido, a chocolate y licor, a pescado frito, a cebollas, a pan fermentado, a hamburguesas y a humo de coches que despedían los turistas. A pesar del hambre que tenía, el olor de la comida le daba náuseas.

*Tranquilos, no pasa nada porque os duchéis durante vuestra visita a San Francisco,* pensó.

El autobús enfiló Van Ness y Jody se levantó y se dirigió a la puerta de salida pasando a empujones entre los turistas. Unas manzanas más allá, el autobús se detuvo en la calle Chesnut y ella miró hacia atrás antes de bajarse. La mujer de las orejas de Mickey Mouse miraba apaciblemente por la ventana.

—¡Guau! —dijo Jody—. Mira cuántos aparcamientos.

Al bajarse del autobús, la oyó gritar:

—¡Aparcamiento! ¡Aparcamiento!

Sonrió. *Pero, ¿por qué he hecho eso?*

## ¡Oh, el amor líquido!

Instantáneas de medianoche: una mujer obesa con una picana eléctrica acosando a un caniche, una pareja de gays maduritos corriendo en chándal de diseño, una universitaria pedaleando en una bici de montaña: el rastro de sus mechones permanentados y un borrón de calor rojo; el murmullo de los televisores dentro de los hoteles y las casas, el ruido de los calentadores y las lavadoras, el viento agitando las hojas de los sicomoros y silbando entre los abetos, una rata saliendo de su madriguera en una palmera: sus garras raspando el tronco. Olores: el sudor del miedo de la mujer del caniche, agua de rosas, océano, sabia, ozono, grasa, humo de coches y sangre: sangre caliente y dulce como hierro azucarado.

Solo había tres manzanas desde la parada del autobús al edificio de cuatro plantas en el que compartía piso con Kurt, pero a Jody le parecieron kilómetros. No fue el cansancio, sino el miedo lo que alargó la distancia. Creía haber perdido hacía mucho tiempo su miedo a la ciudad, pero allí estaba de nuevo: miraba hacia atrás mientras intentaba darse ánimos para mirar hacia delante y seguir caminando sin echar a correr.

Cruzó la calle al llegar a su manzana y vio el Jeep de Kurt aparcado frente al edificio. Buscó su Honda, pero había desaparecido. Quizá Kurt se lo había llevado, pero ¿para qué? Le había dejado una llave por cortesía. En realidad, se suponía que no debía usarlo. No tenían tanta confianza.

Miró el edificio. Las luces de su apartamento estaban encendidas. Se concentró en el ventanal y oyó la voz de Louis Rukeyser comentando entre retruécanos la semana en Wall Street. A Kurt le gustaba ver cintas grabadas de *Wall Street Week* antes de irse a la cama. Decía que así se relajaba, pero Jody sospechaba que oír a directores financieros calvos hablando de mover millones excitaba en él una especie de estímulo sexual latente. En fin, si un repunte del Dow Jones levantaba una tienda de campaña en el pantalón de su

pijama, por ella bien. El último tipo con el que había vivido pretendía que le hiciera pis encima.

Al empezar a subir las escaleras vio movimiento por el rabillo del ojo. Alguien se había escondido detrás de un árbol. Veía un codo y la punta de un zapato detrás del árbol, incluso en la oscuridad. Pero no fue eso lo que la asustó. No veía el halo de calor. No verlo ahora era tan perturbador como había sido verlo unos minutos antes: había llegado a esperarlo. Fuera quien fuese el que estaba detrás del árbol, estaba tan frío como el propio árbol.

Subió corriendo las escaleras del portal, apretó el timbre y esperó una eternidad a que Kurt respondiera.

—¿Sí? —chisporroteó el portero automático.

—Kurt, soy yo. No tengo llave. Ábreme.

La cerradura zumbó y Jody entró. Miró hacia atrás a través del cristal. La calle estaba desierta. La figura de detrás del árbol había desaparecido.

Subió a todo correr los cuatro tramos de escaleras. Kurt estaba esperándola en la puerta del apartamento. Llevaba puestos unos vaqueros y una camisa Oxford. Tenía treinta años, era rubio, atlético y podría haber sido modelo, pero ansiaba, más que cualquier otra cosa, ser corredor de bolsa en Wall Street. Se ganaba la vida anotando pedidos en una casa bursátil de descuentos y se pasaba el día delante de un teclado, con unos auriculares puestos y trajes que no podía permitirse, viendo pasar el dinero ajeno. Tenía las manos a la espalda para esconder las muñequeras de velcro que se ponía por las noches para aliviar el dolor del síndrome del túnel carpiano. No se llevaba las muñequeras al trabajo: el túnel carpiano era cosa de currantes. Por las noches se tapaba las manos como un niño con aparato dental que temiera sonreír.

—¿Dónde has estado? —preguntó, más enfadado que preocupado.

Jody quería sonrisas y compasión, no reproches. Se le saltaron las lágrimas.

—Me han atacado. Alguien me pegó y me metió debajo de un contenedor.

—Alargó los brazos hacia él—. Me quemaron la mano —sollozó.

Kurt le dio la espalda y entró en el apartamento.

—¿Y dónde estuviste anoche? ¿Dónde has estado hoy? Han llamado un montón de veces de tu oficina.

Jody entró tras él.

—¿Anoche? ¿De qué estás hablando?

—La grúa se llevó tu coche, ¿sabes? No encontré la llave cuando pasó la máquina barredora. Vas a tener que pagar para sacarlo del depósito.

—Kurt, no sé de qué estás hablando. Tengo hambre, estoy asustada y tengo que ir al hospital. ¡Me han atacado, maldita sea!

Kurt fingió estar ordenando sus cintas de vídeo.

—Si no querías comprometerte, no debiste venirte a vivir conmigo. Todos los días tengo oportunidades con otras mujeres.

Su madre se lo había dicho: nunca te lées con un hombre más guapo que tú.

—Kurt, mira esto. —Jody levantó su mano quemada—. ¡Mira!

Kurt se volvió despacio y la miró; el cinismo de su expresión se convirtió en horror.

—¿Cómo te has hecho eso?

—No lo sé, me quedé inconsciente. Creo que tengo una lesión en la cabeza. Tengo la vista... Lo veo todo raro. ¿Puedes ayudarme, por favor?

Kurt empezó a describir un círculo cerrado alrededor de la mesa baja, sacudiendo la cabeza.

—No sé qué hacer. No sé qué hacer. —Se sentó en el sofá y empezó a balancearse.

Jody pensó: *Este es el que llamó a los bomberos cuando se atascó el váter, y yo le estoy pidiendo ayuda. ¿En qué estaría yo pensando? ¿Por qué me atraen los hombres débiles? ¿Qué me pasa? ¿Por qué no me duele la mano? ¿Como algo o me voy a urgencias?*

Kurt dijo:

—Esto es horrible, tengo que levantarme temprano. Tengo una reunión a las cinco. —Ahora que se hallaba por fin en el territorio conocido del interés propio, dejó de balancearse y levantó la mirada—. Todavía no me has dicho dónde estuviste anoche.

Cerca de la puerta donde estaba Jody había un recibidor de roble antiguo. Sobre el recibidor había una maceta de *rakú* negro habitada por un filodendro que luchaba por sobrevivir mientras acogía a una colonia de ácaros. Al agarrar la maceta, Jody oyó a los ácaros removerse en sus minúsculas telarañas. Al echar el brazo hacia atrás, vio pestañear a Kurt: sus párpados se movían despacio, como una puerta de garaje eléctrica. Vio que el pálpito del corazón empezaba a hincharle la vena del cuello cuando soltó la maceta. La maceta describió una línea recta por la habitación, arrastrando tras de sí la planta como la cola de un cometa. Los ácaros, confusos, se vieron aerotransportados. El culo de la maceta impactó en la frente de Kurt, y Jody vio como la maceta se hinchaba y caía hecha pedazos. La cerámica y la tierra se desperdigaron por la habitación; la planta se dobló sobre la cabeza de Kurt y Jody oyó quebrarse cada uno de sus tallos. Kurt no tuvo tiempo de cambiar

de expresión. Cayó hacia atrás en el sofá, inconsciente. En total, había pasado una décima de segundo.

Jody se acercó al sofá y sacudió la tierra de la maceta del pelo de Kurt. Tenía en la frente una brecha en forma de media luna que fue llenándose de sangre mientras Jody miraba. El estómago se le retorció tan violentamente que el dolor la hizo caer de rodillas. Pensó: *Se me están hundiendo las tripas.*

Oía los latidos del corazón y la respiración lenta y rasposa de Kurt. *Por lo menos no lo he matado.*

El olor de la sangre le saturaba las fosas nasales, dulce y sofocante. Notó una intensa presión en el paladar y un crujido dentro de su cabeza, como si alguien le estuviera arrancando las raíces de los colmillos. Se pasó la lengua por el paladar y sintió unas puntas afiladas como agujas atravesando la piel: le estaban creciendo dientes nuevos.

*No estoy haciendo esto,* se dijo mientras se subía sobre Kurt y chupaba la sangre de su frente. Los dientes nuevos se alargaron. Una oleada de placer eléctrico la sacudió y la euforia le dejó la mente en blanco.

Al fondo de su cabeza, una vocecilla gritó ¡no! cuando hundió los dientes en la garganta de Kurt y empezó a beber. Se oía gemir con cada latido del corazón de Kurt. Aquello era un orgasmo-ametralladora, chocolate negro, agua de un manantial en el desierto, un coro de aleluyas y la caballería al rescate, todo a la vez. Y, mientras tanto, aquella vocecilla seguía gritando ¡no!

Por fin se apartó y cayó rodando al suelo. Se sentó con la espalda apoyada en el sofá y los brazos alrededor de las piernas y apoyó la cara contra las rodillas, estremecida por minúsculas convulsiones de placer. Un calor oscuro y hormigueante atravesaba su cuerpo, como si acabara de salir de un banco de nieve para meterse en un baño de agua caliente.

El calor se disipó lentamente y dejó paso a una tristeza angustiada: una sensación de pérdida tan duradera y profunda que su peso la embotó.

*Conozco esta sensación,* pensó. *La he sentido otras veces.*

Se volvió y, al mirar a Kurt, sintió un poco de alivio al ver que todavía respiraba. No tenía marcas en el cuello, donde lo había mordido. La sangre de la herida de su frente empezaba a coagularse y a formar una costra. El olor de la sangre seguía siendo fuerte, pero ahora le repugnaba como el olor de las botellas de vino vacías una mañana de resaca.

Se levantó y se acercó al cuarto de baño, quitándose la ropa mientras andaba. Abrió la ducha y, mientras el agua corría, se bajó lo que quedaba de sus medias y notó, sin mucha sorpresa, que su mano quemada se había curado por completo. Pensó: *He cambiado. Nunca volveré a ser la misma. El*

*mundo se ha movido. Y al pensar aquello volvió la tristeza. He sentido esto antes.*

Se metió en la ducha y dejó que el agua hirviendo corriera sobre ella sin fijarse en su roce, ni en su sonido, ni en el colorido del calor y el vapor que giraban en el cuarto de baño en penumbra. El primer sollozo se abrió paso con esfuerzo por su pecho, sacudiéndola, y abrió la senda del dolor. Se deslizó por la pared de la ducha, se sentó sobre las baldosas que el agua había calentado y lloró hasta que el agua empezó a salir fría. Y entonces se acordó de otra ducha a oscuras, cuando el mundo había cambiado.

Tenía quince años y no estaba enamorada, pero amaba la excitación del roce de las lenguas y la aspereza de las manos de un chico sobre sus pechos; amaba la idea de la pasión, y estaba atiborrada del vino dulzón que el chico había robado en un 7-Eleven. Se llamaba Steve Rizzoli (lo cual no importaba, salvo porque ella se acordaría siempre) y era dos años mayor que ella: un chico malo de tres al cuarto, con su pipa de hachís y su tersura de surfista. Sobre una manta, en las dunas de Carmel, le quitó los vaqueros y se lo hizo. Se lo hizo, no lo hizo con ella: ella podría haber estado muerta, para lo que participó. Fue rápido, torpe y vacío, excepto por el dolor, que se prolongó y se hizo más fuerte aún después de volver a casa a pie, llorar en la ducha y tumbarse en su cuarto, donde, con el pelo mojado sobre la almohada, estuvo mirando el techo y sollozando hasta que amaneció.

Al salir de la ducha y empezar a secarse automáticamente pensó: *Sentí esto la otra vez, cuando lloré por mi virginidad. ¿Por qué lloro esta noche? ¿Por mi humanidad? Eso es: ya no soy humana y nunca volveré a serlo.*

Al darse cuenta, los acontecimientos empezaron a ordenarse. Había estado fuera dos noches y no una. Su agresor la había metido debajo de un contenedor para protegerla del sol, pero por alguna razón su mano había quedado expuesta y se había quemado. Se había pasado el día durmiendo, y al despertar a la noche siguiente ya no era humana.

Era un vampiro.

Ella no creía en vampiros.

Continúa en *La sanguijuela de mi niña*